VII

Verdier, que había pasado muy mala noche soñando con todo lo que le había ocurrido en su primer ensayo de candidato á la diputación á Cortes, comenzaba á pensar seriamente en su nueva empresa, disgustadísimo de haberla emprendido.

—¡Qué majadero he sido! ¡Yo que estaba tan tranquilo en mi casa, sin que nadie me molestase, tener ahora que sufrir tantas inconveniencias de todo el mundo! ¡El día de ayer no pudo ser más agitado, y otro tanto se presenta el de mañana!... ¡Dar un manifiesto en el que uno tiene que estampar sus futuros pensamientos, como si al hombre le fuera dado el don de presciencia!... ¡En fin, en la guerra como en la guerra!...

Y daba vueltas y más vueltas nerviosamente en el lecho.

Al amanecer ya estaba en pie. La frescura de la mañana le sentó bien. Paseó un momento en el jar-

dín y después salió al campo, volviendo con la cabeza despejada y los nervios más calmados. En la casa no se notaba aún movimiento alguno. Los blancos muros en que el sol reflejaba conservaban entrecerrados, como grandes párpados soñolientos, los verdes maderos de las ventanas.

Se sentó en un banco en el fondo del jardín y contempló la fachada, por la que trepaban verdes enredaderas frondosas, parras y hermosos rosales, sintiéndose allí muy á gusto y respirando con placer el aire de la mañana, que decididamente acababa de calmar su fiebre.

—Hoy habrá de seguro otra reunión pública—pensaba deshaciendo un cigarrillo entre los dedos.

De pronto se volvió bruscamente, al sentir crujir la arena á sus espaldas, encontrándose con Gilberta, que, fresca y hermosa como aquella mañana, le presentaba sonriente un montón de papeles.

El beso que la joven estampó en su frente acabó de calmarle.

—Buenos días, hijita. ¿Has dormido bien?

—Como un lirón.

—¿Y qué es lo que me traes aquí?

—Periódicos... cartas... El señor Charvet ha dicho que se os entreguen todas las cartas y periódicos que traigan para vos, aquí, en su casa ó en donde quiera que os halléis.

—¡El señor Charvet es muy amable! ¡Ah! ¡Cuántos papelotes, Dios mío!

Puso á un lado los periódicos, entre su sobrina y él, y mientras su tío leía las cartas, Gilberta se entretenía en quitar las fajas á los periódicos.

En el fondo todas las cartas decían lo mismo, con corta diferencia. Le hacían ofrecimientos para facilitarle la elección, pidiéndole por adelantado el importe de los gastos: cinco francos por día, incluyendo en ellos la manutención. Un impresor solicitaba para sí los trabajos tipográficos de todo lo concerniente á la elección, alegando que su colega Tourteran, que evidentemente le sería recomendado al comandante, no era tan liberal como él. Otro decía que pagaba «tanta contribución como el mismo Marqués de Montbrun, y eso que hacía un bien al país, pues era expendedor de vinos.» Este contaba con que no pagaría un cuarto tan luego como Verdier fuera diputado. Los electores le pedían ya recomendaciones para las oficinas del Estado. Uno de ellos, á quien perseguían por no pagar la contribución, le ofrecía reunir *cien votos* á condición de que después se *arreglara* de modo que se le condonara la deuda.

El candidato sonrió sin ganas al ver tanta sandez, y comprendió que era preciso revestirse de una paciencia á prueba de bomba para poder aguantar tanta majadería.

Concluídas las cartas, leyó los periódicos. *El Nouvelliste de Seine-et-Marne* anunciaba simplemente su candidatura. *El Indicador Republicano* le era favorable. Hacía un grande elogio de la honradez y

del valor personal del comandante. Un periodiquillo que llevaba por título *La Anguila de Melun*, contenía un aviso á los electores y un retrato por bajo del cual se leía: *El candidato Verdier*.

—¡*La Anguila de Melun*! ¡Ah! sí, el periódico de Garousse, el mismo que agitaba ayer en sus manos Tivolier.

El antiguo soldado había visto muchas veces su nombre en letras de molde precedido de este honroso título que tantas fatigas le había costado ganar y que tanto le honraba: *El comandante Verdier*; pero este otro, el de *candidato*, le hizo el mismo efecto que cuando Bouillard, dándole este mismo título, le pidió en la asamblea de Chailly que manifestara á los numerosos electores allí congregados sus ideas en materia de política. Hasta entonces nunca había solicitado otro derecho que el de ceñir la espada.

—¡El candidato Verdier! No hay remedio—pensaba,—estoy comprometido y no puedo retroceder. Es preciso seguir adelante, apesar de *La Anguila*, de las canalladas de Saboureau y de las estratagemas de Garousse.

Aunque pensaba de esta suerte, el comandante, no podía olvidar el incidente del día anterior. Había quedado grabada en su mente la mala fe de Saboureau y de Garousse y el solo recuerdo de éstos le ponía fuera de sí. Un candidato sin pudor y un periodista sin escrúpulos habían echado por tierra el edificio

de su honradez, á tanta costa levantado y sostenido.

—Siento deseos—dijo á su sobrina—de ir á buscar al inspirador de esa *Anguila* y aplastarle la cabeza con el puño del bastón.

—¿Por qué?—preguntó Gilberta levantándose y tomando á su tío del brazo con mucha dulzura.

—¡Oh! Porque ese imbécil... pretende...

—¿Qué es lo que pretende, mi querido tío?

—Nada:... ¡Tonterías!... Se mofa de mí por lo que conté ayer en la mesa... Según parece, cometí una tontería con salvar á los mineros de Meóns. La *Anguila* opina que hice bien en separarme del ejército, porque pagándome para matar á los enemigos de Francia, robaba mi sueldo al país entreteniéndome en otra cosa: «En cargar el cañón con obras de caridad.» ¡Cuánta depravación!

—¡Y eso os choca!—dijo Gilberta.—Se habla muy amenudo de la cobardía de algunos: razón es que alguna vez se hable, aunque sea con el caritativo objeto de burlarse, del valor y de la honradez de otros: ¿os disgusta que se burlen de que habéis hecho un bien á vuestros conciudadanos?...

—No puedo menos de indignarme siempre que veo mala fe en las personas para lograr un fin cualquiera.

—¡Ah! Comprendo... ¡Por eso dejásteis el ejército!... No conozco la política; pero creo que en ella, más que en ninguna otra parte, hallaréis constantemente ocasión de indignaros.

Verdier no tenía, á la verdad, ganas de reir; pero lo hizo, á pesar suyo, al contemplar la seriedad con que su sobrina exponía sus filosóficas máximas.

—Veo que quieres, sin conocerla tú misma, enseñarme lo que es la vida...

—¡Ay, querido tío! Cuando se ha estado mucho tiempo sola y estudiado los acontecimientos, se adivinan muchas cosas, aunque no haya uno pasado por ellas. Y luego, que yo me podré equivocar al juzgarme; pero no al juzgaros. ¡Sois el hombre mejor del mundo!

—No he hecho mal á nadie, y por eso me irritan semejantes adversarios.

Comprendiendo Gilberta que pensaba aún en el periódico, le interrumpió con viveza:

—Sabéis muy bien que esas gentes no tienen criterio propio. La mayor parte son personas asalariadas, y, por consiguiente, sus estómagos ó sus ambiciones son los que les hacen escribir ó hablar. ¿Por qué, pues, os habéis de preocupar?

—La verdad es que yo no debí nunca mezclarme en nada.

No teniendo nada que hacer hasta la hora del almuerzo, Gilberta rogó á su tío que la acompañase á dar un paseo por el campo.

—No podemos tardar en volver; el señor Charvet debe venir pronto para decirme su parecer acerca de la impresión causada por mí ayer á los electores.

—Es muy bonito Dammarie—dijo Gilberta.—Anoche, mientras hablábais de política con el señor Charvet y Enriqueta, dí un paseo.

—¡Tú sola!... ¡Salir tú sola!...

—Sí... ¿No notásteis mi ausencia?

—No.

—¡Es verdad! Me olvidaba de que los asuntos de Estado os absorben por completo. A mí me dan sueño. Bajé al jardín, y encontrando la puerta abierta, salí maquinalmente sin saber hacia dónde dirigirme... Cuando reflexioné que iba sola estaba ya muy lejos. Hacía una noche deliciosa, y en medio de su silencio pude contemplar la multitud de estrellas de que el cielo estaba tachonado. A la vuelta tuve miedo, pero no tenía más remedio que volver sola. ¡Ah! me sobraba tiempo para haber ido más lejos... Aún hablábais de política.

Mientas hablaba así á su tío, reía con la gracia que le era tan peculiar, y que, por cierto, formaba á veces raro contraste con su tímida gravedad.

En esta conversación llegaron hasta el puente del ferrocarril de Melun, desde donde vieron que un carruaje se dirigía hacia ellos. En él iba Guenaut. Al acercarse detuvo el caballo y se apeó, dando orden al cochero de continuar al paso, mientras que él hablaba con Verdier, y después de saludar á Gilberta, un tanto maliciosamente, tomó del brazo al comandante con mucha familiaridad y fueron á pie, hablando hácia Dammarie.

Gilberta, obedeciendo á una seña de su tío, se adelantó, llegando bastante antes que ellos al jardín, situado entre el puente y la estación, donde se sentó en un banco á esperar la llegada de su tío y del veterinario.

Este no debía tener gran cosa que comunicar á Verdier. ¡Alguna nueva complicación ó intriga apropósito de la candidatura!...

Gilberta, que, como hemos dicho, se había sentado en un banco, contemplaba el agua que caía de una cascada artificial, cuando sintió pasos cerca de sí, volvió la cabeza y se sonrojó al ver al Conde de Montbrun, que se dirigía hacia ella un tanto admirado de encontrarla allí tan sola.

—¿Cómo aquí tan sola, señorita? — la preguntó después de saludarla.

La joven se quedó sorprendida y confusa, como si hubiera cometido una falta, pues experimentaba singular impresión siempre que veía al Conde. Además la idea de encontrarse allí sola con él, en un jardín público, le causaba espanto.

El Conde mostró tanta alegría al verla, que esto mismo aumentó la turbación de Gilberta.

Iba—según dijo—á Fontainebleau á visitar á un amigo; pero había llegado demasiado pronto á la estación, y fumando un cigarro para hacer tiempo, se había ido á dar una vuelta por el jardinillo, cuando reparó en Gilberta.

—Mi buena suerte ha querido que en dos días os haya encontrado dos veces... después de haber estado tanto tiempo sin veros... ¡tanto tiempo!...

Pronunció estas palabras con tal ternura que Gilberta experimentó, á la par que placer, algo de angustia, porque creía llegado el momento de escuchar de sus labios lo que tanto temía escuchar, y lo que, sin embargo, los latidos de su corazón la hacían comprender que debía escuchar algún día. Sin responder levantó sus hermosos ojos, y miró al Conde con una tristeza que sorprendió á éste.

—¿Por qué me miráis así?—la preguntó.

Gilberta no se daba cuenta de la compasión que reflejaba en sus ojos siempre que miraba al joven:

—¡Parece que me tenéis lástima! — añadió éste con débil y melancólico acento.

La joven se sorprendió y trató de disculparse.

—¡Oh! ¡No os disculpéis! La conmiseración me humillaría si proviniese de una persona indiferente ó incapaz de sentir; pero proviniendo de vos, me hace el más feliz de los mortales... y estoy seguro de que me compadecéis...

Temiendo ir más lejos de lo que debía, mudó de conversación y se puso á hablar de política... ¡De la cuestión más importante del día!... ¡La sucesión Charvet!... Y apropósito, era ya cosa decidida que el Marqués, su padre, renunciaba á toda candidatura. Sus amigos habían perdido el tiempo animándole, de lo cual se alegraba el joven.

El Marqués había recibido cartas de un primo

suyo, el Barón de Luzaney, diciéndole que no podía comprender cómo todo un Marqués de Montbrun abrigaba el propósito de mezclarse con la turba de diputados del día. El señor de Luzaney se había retraído en absoluto.

Roberto de Montbunr estaba contentísimo de que su padre hubiera desistido de su empeño, y sentía en el alma que personas tan honradas como el se ñor Verdier se lanzaran á una lucha semejante.

—¡Acaso el comandante no encuentre tantos abrojos en ese camino!... Pero yo creo que el hombre pierde hasta la libertad de sus acciones... Sin ir más lejos, ¡si nos vieran en este momento!...—¡La sobrina del candidato republicano y el hijo del excandidato legitimista conversando sin sacar á relucir la Inquisición ó el Terror para motejarse!...—Esto, además de causar una revolución, haría que mi padre pasase por un hereje y que vuestro tío no reuniera cuatro votos.

En tanto que así hablaba estaba de pie al lado de Gilberta contemplando el estanque del jardín, en el cual bullian multitud de pececillos que pasaban rápidamente asemejándose á flechas de plata.

Habló con tristeza de las ironías de la vida, que habían estado á punto de poner al Marqués, su padre, frente á frente de Verdier después de aquellos felices días de Trouville, días de dicha y de consuelo para ellos y hasta para aquellos infelices náufragos, á quienes fué imposible recoger los humildes restos de su desastre...

Y, sin notarlo, se dejó llevar por los recuerdos, deduciendo que á la mayor parte de los hombres les pasa lo que á aquellos pobres pescadores: «Una ráfaga de viento en la existencia, una tempestad y después ¡mucho tiempo... mucho tiempo de lucha para reparar las averías!...»

—¡Se arrastra amenudo durante años y años, á veces toda la vida, el peso de los desaciertos de una hora!

Gilberta adivinó las amarguras que encerraba para Roberto esta comparación de su vida con la barca perdida de los pescadores de Trouville, y comparó á su vez el momento presente con los días que precedieron al encuentro en las costas de Gracia con el Conde y aquella niñita de que jamás le había hablado el joven. Reparando en su palidez, pensó que alguna nueva tristeza embargaba su alma desde su entrevista del día anterior, y estuvo á punto de interrogarle, comprendiendo instintivamente que podría calmar su dolor. Roberto, que se había quedado pensativo, levantó bruscamente la cabeza y dijo con tono que hizo sufrir á la joven:

—¡Bah! ¡Tanto peor para los que no han sabido manejar el timón de su vida! ¡La torpeza se paga como la deshonra!... ¡A veces más cara que ésta!

Daba la mano á la joven para despedirse cuando aparecieron Guenaut y el comandante. Guenaut,

que había terminado de dar sus consejos al comandante, se detuvo bruscamente al verles en tal actitud.

—¡Ah! es el señor de Montbrun...—dijo admirado.

—¿El señor de Montbrun?—preguntó Verdier,

El veterinario quedó tan sorprendido que no pudo articular una palabra más, contentándose con señalar con el dedo al Conde y á Gilberta.

—¡Ah!—dijo el comandante.—El señor de Montbrun hijo... Creí que era el Marqués... y como apenas conozco al Marqués...

—¡Ah!—dijo Guenaut con fingida naturalidad. —¿Conocéis al Conde?

—Sirvió á mis órdenes el 70.

—¿Y luego?

—Después... le he visto rara vez. Pero le estimo, le quiero mucho.

El veterinario no pudo contener una sonrisa, y *como era hombre leído*, según se decía interiormente, pensaba que «tutores ó maridos, Bartolos ó Sganarelos, todos son lo mismo.» ¡Pobre comandante!... ¡Menos mal si no era ciego en política!...

—¿Queréis que os diga mi parecer?—dijo á Verdier.—Estimad cuanto gustéis al señor de Montbrun; pero no lo digáis muy alto. ¡No se deben tener otros amigos que los de su partido! ¡Y aun entre éstos debe haber sus distinciones!...

Hablando así habían llegado adonde estaban Roberto y Gilberta, y la joven preguntó sonriendo á Guenaut si había enseñado bien la lección «á su tío,» en tanto que el Conde, descubriéndose, se inclinaba ante su antiguo capitán. El veterinario, que se jactaba de ver claro en este asunto, pensó que mostraban demasiado aplomo los dos jóvenes. ¡No parecía que habían sido sorprendidos! ¡Oh! ¡A él no le engañaban! ¡No; no se habían equivocado la víspera al verlos salir del *Gran Monarca*! ¡A no dudarlo, la sobrina del comandante se entendía con el hidalgüelo! ¡Diablo! ¡Si el comité Verdier hubiera sabido esto á tiempo otra hubiera sido su elección!

Iba á pasar el tren de Fontainebleau y el Conde no tenía más que el tiempo preciso para llegar á la estación. Mientras el joven emprendía precipitadamente el camino de la estación, el veterinario, muy sofocado, pensaba en las consecuencias que podría acarrear la amorosa pasión de los dos jóvenes, aunque hasta entonces no la conocían más que él y su amigo Cappois.

—¡Esto es grave, muy grave!—murmuraba.—¡Y más que grave horroroso! ¡Si *La Anguila de Melun* se enterase de ello, la elección estaba completamente perdida!... Habríamos andado más acertados apoyando á Garousse desde un principio. Al fin y al cabo Garousse es republicano... La señora Herblay nos diría que éste no tiene *égida*. ¡No la tendrá; pero la del comandante no me parece muy buena!...

Todas estas ideas se sucedían en la mente del ve-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

terinario mientras contemplaba á Verdier y á su sobrina, la cual siguió al Conde con la vista hasta que desapareció por completo. «¡Era mucho descaro seguir con la vista al Conde hasta que éste desapareció!»

Viendo que se le acababa la paciencia, se despidió del comandante, no sin que mediase antes entre ellos el siguiente diálogo:

—Conque una proclama clarita, ¡eh!, clarita... ¡Si queréis seguir mi consejo, sed enérgico, os lo repito, muy enérgico! ¡El hombre nunca es demasiado enérgico en los principios fundamentales!... Haced lo que os digo: «El país no quiere más diezmos, ni más gabelas, ni más autos de fe...»

—¿Pero creéis que alguien pueda quererlos?

—¡Preguntad al padre del joven Conde de Montbrun!—respondió en tono irónico, casi colérico y tan extraño, que Gilberta tuvo instintivamente miedo sin saber por qué. La parecía que Guenaut amenazaba á Roberto.

Después de esto volvió á montar en su tílburi, y fustigando al caballo, desapareció dejando tras sí una nube de polvo.

La hora del almuerzo se acercaba y el comandante y su sobrina apretaron el paso para no llegar tarde. El pobre Verdier pensaba por el camino en la proclama que debía redactar sin pérdida de tiempo. Gilberta, por su parte, creía oír aún la melancólica voz del Conde hablándola de «los naufragios de la vida.»

¿Qué tempestad había, en efecto, descompuesto el timón de su existencia, dejando tan honda huella marcada en su semblante?

Joven, agradable y muy querido, reuniendo á su elegancia y gran fortuna relevantes prendas morales, no se explicaba la causa de su sufrimiento.

Gilberta se deshacía en conjeturas sobre esto.

Al llegar cerca de la casa de la señora Herblay un mismo pensamiento asaltó la mente del tío y de la sobrina, si bien no se lo comunicaron. «¿Por qué estamos aquí?» «¿No disfrutábamos de tranquilidad y dicha en nuestra casita de la calle Mansart, en París?»

Alegrábase Gilberta cuando veía á Roberto; pero estas entrevistas la sumergían en un caos de nuevas amarguras y divagaciones.

El silbido de la locomotora de un tren que pasaba les distrajo de sus confusos pensamientos.

—¡Qué bien haríamos en montar en ese tren que va á París, y dejándonos de luchas electorales, no pensar más en Garousse, en Cappois, en Guenaut, en nadie... ¡pero el deber!... ¡Ah! ¡El deber sacrifica muchas veces á los hombres!

El pobre comandante pensaba así é inclinaba la cabeza ante esta idea.

Silenciosos y taciturnos siguieron su camino hasta llegar á la verja del jardín de la señora Herblay.

—¿En qué habéis pensado durante el camino, que

habéis guardado tan sepulcral silencio?—preguntó Gilberta sonriendo á su tío.

—En nada. ¡Ah, sí!—añadió tratando de sonreir.—En tu dicha. No tengo en el mundo en quien pensar más que en ti, y sentiría morir antes de verte colocada y feliz.

—¡Ay! querido tío, no habléis así. Mi dicha consiste en la vuestra, y todos mis deseos se reducen á no separarme nunca de vos.

—¿Acaso se tiene nunca lo que se desea en este mundo?

La joven se apoyó suavemente en el brazo del comandante, y dándole un apretón de manos entraron en la casa. Esta nueva prueba de cariño de su sobrina hizo olvidar por algunos momentos al comandante su penosa situación.

VIII

El Marqués de Montbrun vivía con su hijo en un ángulo de la plaza del *Petit Paris*, cerca del Gobierno civil. Su casa, en forma de hotel, era vieja. Las ventanas, que permanecían siempre cerradas, las blancas paredes y la colosal y pesada puerta, entreabierta constantemente, la daban el aspecto de uno de esos palacios inhabitados que halla uno cerca de las catedrales en algunas poblaciones de provincia.

Desde la puerta se veía un patio, cuyo piso era de azulejo, y en el cual estaban las habitaciones de los porteros, y más adentro un jardín, al que separaba de una puerta que permanecía siempre cerrada una pequeña alameda. Aquella puerta conducía á las habitaciones del Marqués, que vivía allí encerrado con sus libros y sus papeles, sin salir de casa más que cuando tenía que hacer un viaje ó iba de caza. No recibía casi á nadie; verdad es que la mayor parte de sus amigos vivían en el barrio de